

# Una jauría de signos. Reflexiones sobre la independencia artística

Jónatham F. Moriche

Empecemos hablando de dos jóvenes y exitosos artistas británicos. Él encapsula terneros desventrados en pompas de formol, y esculpe (es un decir) pasos de Semana Santa dignos del atrezzo de una próxima entrega de *The Matrix*. Ella ha marcado la temporada otoño-invierno con un recargado bodegón hiperrealista con botella de Absolut vacía, tampax pigmentados y cama deshecha de fondo.

El problema, podemos convenir, no es de significados, ni parece factible evocar el espectro de la censura. La independencia artística, a estas alturas, ha de buscarse desde otras instancias. Con la ingenuidad que caracteriza su visión poética de los procesos sociales, escribía Ernst Jünger: "las dictaduras ofrecen, en razón de la propia presión que ejercen, una serie de puntos vulnerables que simplifican y abrevian el ataque contra ellas [...]. Los símbolos tienen un brillo especial precisamente cuando aparecen sobre basamentos monótonos". Lo que el estoico Jünger no daba en imaginarse era un totalitarismo en colorines: tampoco el bodegón de los tampax, y no digamos ya Boris Izaguirre, ARCO, Torrente II, los Pokemon, Chueca, La Fura dels Baus, la

MTV, el Festival de Sundance, el Museo Reina Sofía, Lucía Etxebarria, El País de las Tentaciones, Gladiator, la Love Parade y *Nosolomúsica* (pronúnciese así, todo junto y con irrepitible acento exótico).

Los signos, esto es, han devenido en jauría. Su interpretación, consecuentemente, tampoco supera la categoría del aullido. Las opiniones discordantes sólo acrecientan el ruido. Asombrado, el filósofo (en este caso, Felipe Núñez) se pregunta por la naturaleza de estos tiempos: "no hay almacén regulador de recursos nominalistas que dé abasto para disolver esa secuencia apretada de fantasmas, tan prieta que casi parece cosa densa". Se trata de un problema ontológico y epistémico, no yerra el filósofo, y nada tan ontológico y epistémico (y además menos esdrújulo) que la jodienda cotidiana de una existencia limítrofe con lo ectoplásmico. Es lo que, desde una perspectiva materialista, consideraríamos un problema de clase social: el problema de una clase entera febrilmente entregada a la fabricación de sombras chinescas (en forma de videoarte, narrativa, rock, *raves*, videojuegos, periodismo,

cómics, infografía...) que son después completamente defragmentadas, descontextualizadas y redireccionadas por los medios de masas y la industria de la cultura, en tantos casos del todo al margen de las intenciones iniciales de los creadores; estos, a su vez, permanecen mayoritariamente idiotizados con el disfrute (o su espera o su conquista) de los fabulosos beneficios materiales y posibilidades tecnológicas que ofrecen multinacionales del disco, productoras cinematográficas, gigantes editoriales, galerías de prestigio...

¿O acaso alguien creyó que esa "secuencia de fantasmas" se creó sólo? La clase artística no ha permanecido, como esperaba Jünger, entre las "minorías selectas que prefieren el peligro a la esclavitud", sino entre los numerosos escribas y comparsas de los tratantes. John Berger lo afirma con la crudeza del historiador y señala culpables: "muchos artistas -Warhol, Lichtenstein, Richard Hamilton, Oldenburg, Jeff Koons- prepararon y colaboraron en la rendición ideológica frente a esta nueva globalización y su delincuente necesidad de vender incesantemente y convertirlo todo en artículos de consumo". Como puede observarse, no se trata de una lista de académicos conservadores, y sí de un acicate

para plantearse, a un siglo de los surrealistas, los dodecafónicos, los futuristas, y medio desde el informalismo, el pop y la transmodernidad, qué han constituido en realidad las vanguardias, si nos atrevemos a mirar lienzo, página, pantalla o pentagrama afuera.

No se trata de ninguna novedad. De hecho, librerías selectas y bibliotecas universitarias rebosan volúmenes de Gramsci, Adorno, Benjamin, Foucault, Debord, Deleuze o Marcos llamando la atención sobre estas cuestiones. Volúmenes que, previamente desactivados por los artificieros correspondientes (profesores, críticos, periodistas), pueden sin duda ser hoy aludidos a conveniencia en reseñas, ensayos o tesis doctorales, a fin de elevar la tasación del último producto del radicalismo estético de guardia, el chucho nuevo en la jauría, esa a la que pertenecemos, y que a la vez nos corta el paso, con sus alaridos, y sus fauces desmesuradamente abiertas.

## Addenda

Los textos citados provienen de: Ernst Jünger, *La emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 1988; Felipe Nuñez, *Para escapar de la voz media*, ERE, Mérida, 1998; John Berger, "Cómo aparecen las cosas. Carta abierta a Marisa", en *Arte y Parte* nº 26, Santander, mayo de 2000.

Publicado originalmente en la revista *Pájaro Palabra* nº 2 (2001).

